Julián Momoitio, el último héroe romántico

Empeñado en hacer de su estilo «la voz de mi conciencia», critica las nuevas tendencias plásticas «que buscan la osadía de pintar sin saber»

OLAIA F. JACOB

BILBAO .- «Nacemos y nos ponen las cadenas, la vida es una lucha constante por crear sin sucumbir ante los poderes políticos». «Arañé las cumbres del éxito, pero al final me di cuenta de que lo importante es ser fiel a tu pensamiento». «Para mí el arte no es dinero sino una necesidad, cuando vendo un cuadro siento que me están robando». Podrían ser citas tomadas de la última noche de bohemia del inolvidable Max Estrella. Pero corresponden a Julián Momoitio, otro romántico incurable que afortunadamente ha corrido mejor suerte.

El pintor recibió hace apenas un mes el reconocimiento de la Asociación Artística Vizcaína, y esta semana ha inaugurado exposición en la que es ya su segunda casa: la Galería Llamas. En ella se pueden ver una veintena de obras recientes, que permanecerán al alcance del público bilbaíno hasta el 13 de febrero. «He pasado por todos los estilos imaginables: neocubismo, expresionismo, costumbrismo...», comenta Momoitio sin despegarse de su inseparable pipa, «pero al final me di cuenta de que lo que de verdad importa es plasmar el amor

y el humanismo, las ideas que llevo en la conciencia».

No en vano, el propio artista considera que es en los últimos años cuando ha logrado desarrollar un lenguaje propio, en el que con frecuencia adquieren protagonismo personajes como Jesucristo, la madre Teresa de Calcuta o incluso Juan Pablo II. «No trato de plasmar ninguna idea religiosa», matiza, «son sólo iconos que representan a todas las personas anónimas que han dado su vida por una causa». Y añade: «Da igual que creas en Dios o en la cabra de tu pueblo, lo que importa es que des a los demás lo mejor que hay en tí». «Lo que ocurre es que el ser humano es débil y necesita abrigos que lo protejan», añade.

Así, otras veces los protagonistas de la obra de Momoitio son personas marginadas, o niños con lágrimas en los ojos que trasmiten un mensaje de piedad y ternura, como en Luces con mensaje y Destino gris. «Uno de los temas que más me preocupa es la inmigración», explica, «me gustaría poder ayudar más a esa gente, he donado obras a Cáritas o Proyecto Hombre, pero por desgracia mi trabajo no me permite más». «Eso sí, cuando un político



El pintor vizcaíno Julián Momoitio posa junto a una de las obras expuestas en la Galería Llamas. / IÑAKI ANDRÉS

me pide un cuadro le hago sacar la billetera, por eso ni nombre no sale entre los artistas vascos más relevantes», bromea.

Poseedor de un impecable dominio del dibujo y el color, Momoitio dice no obstante que en los últimos tiempos ha aprendido a «no ser esclavo de la técnica». «Es un error», reflexiona, «porque anula la capacidad de mostrar tus propios sentimientos». Y, acostumbrado a no morderse la lengua con ningún tema, no escatima críticas hacia el arte contemporáneo, tan alejado de ese lenguaje personal que se ha empeñado en desarrollar. «Las nuevas tendencias plásticas buscan

la osadía de pintar sin saber», asegura, «porque quienes se atreven a ello son capaces de vender su alma al diablo».

Esta opinión queda bien patente en la obra Guggenheim, donde junto al museo bilbaíno más universal se puede leer la leyenda: «Donde cualquier cosa también puede ser arte». «En Nueva York también yo sucumbí a la tentación de vender cuatro trazos por 1.000 dólares», reconoce refiriéndose a su desembarco en la capital del arte mundial, allá por el año 92. «Hoy conservo mi estudio de Manhattan y expongo frecuentemente en Estados Unidos», comenta, «pero ya no

me dejo seducir, lo que me importa es lo que llevo dentro».

A medio camino entre el neocubismo, el expresionismo y la técnica del collage, las obras de Momoitio proyectan con frecuencia su propio semblante, apenas esbozado en ocasiones y claramente remarcado en otras. «Me dicen que soy narcisista pero no es así», explica, «en realidad busco homenajear a mi padre, que era la encarnación del hombre bueno». «Cuando empecé a pintar me daba dinero para que le dijese a mi madre que había vendido algún cuadro», relata, «creyó en mí desde el primer momento y es una forma de decirle: mira, lo he conseguido».

